



## *El negociado del yin y el yang*

**Eduardo Mendoza**  
**Barcelona, Seix Barral, 2019**  
**384 pp. ISBN: 9788432235870**



**MANUEL RAMOS ORTEGA**  
*(Universidad de Cádiz)*

A un lector poco habituado a la literatura de ficción de Eduardo Mendoza podría resultarle inusual esta entrega, la segunda de una trilogía anunciada, precedida por *El rey recibe* y continuada ahora con *El negociado del yin y el yang*. Ningún juicio menos acertado que el anterior a las verdaderas señas de identidad de las novelas del autor barcelonés. Pues habiendo leído los primeros relatos que tienen como protagonista al inspector loquito, cualquier lector comprende y se identifica enseguida con el héroe autobiográfico de esta segunda entrega novelesca que se dedica a las andanzas y desventuras de Rufo Batalla. Pues, incluso admitiendo la más que dudosa sensatez de este personaje, ajena a la imaginativa y extravagante conducta del loco de las primeras novelas de Mendoza, Rufo Batalla no nos aparece menos disparatado, caricaturesco en

ocasiones y abandonado a su suerte en pos de una aventura casi homérica que le hace rodar de una a otra parte del mundo, con riesgo más que probable de su vida, para cumplir la misión que le ha encargado su amigo, el príncipe Tadeusz Clementij Tukuulo, relacionada con un disparatado plan de reconquista de su antiguo trono de Livonia.

Por el contrario, el lector menos avisado puede constatar, en una somera apreciación de su contenido, una novela de aventuras que la relaciona con la literatura clásica universal de este género –Stevenson, Emilio Salgari, Conrad–, pero también con la de su reconocido maestro español, Pío Baroja. Así, toda la primera parte, hasta el regreso del protagonista a Barcelona, contiene todos los elementos del género: persecuciones, secuestros, pillaje, aventuras amorosas, piratas, leproserías..., que confirman la raíz genérica de un autor con pulso y recursos propios, provisto de un imaginativo arsenal de materiales narrativos que hacen divertida y apasionante la lectura de esta nueva novela, a la altura de sus mejores logros narrativos. Porque Eduardo Mendoza es un autor no adocenado en sus glorias literarias, sino que apuesta siempre por nuevas incursiones y experimentos narrativos, fiel a aquella poco comprendida sentencia suya de que la “novela de sofá” había muerto. Nada más exacto, pues nuestro premio Cervantes emprende en esta nueva trilogía, que ahora avanza ya por la segunda entrega, un camino que muy pocos novelistas contemporáneos de su generación han intentado. Así, sus novelas, desde la inolvidable *La verdad sobre el caso Savolta*, responden siempre a un laudable criterio de exigencia consigo mismo y a un compromiso con sus lectores, a los que parece regalarles, a cada entrega, una nueva historia, con un ferviente y cumplido deseo de no defraudarles jamás. Si se me permite la comparación, Mendoza es la viva metáfora de Sherezade, la protagonista de *Las mil y una noches*, que no renuncia –su vida depende de ello– a inventar historias ininterrumpidamente.

Sin embargo, cualquier lector avisado en las anteriores novelas de Mendoza no ignora que esta no es solo una novela de aventuras: es también, por otros motivos, una novela histórico-política. Tanto el título anterior de esta saga, *El rey recibe*, como éste, hacen referencia a un príncipe destronado de un imaginario país fantaseado por la imaginación del novelista. La incorporación de este episodio, sin duda fantástico, al tronco narrativo de la denominada Transición española, con sus luces y sombras, que de todo hubo, recupera un pasado reciente de nuestra historia que la generación de Mendoza, así como la de los españoles que ciframos ahora alrededor de los sesenta años, reconocemos como propios, si no fuimos verdaderos protagonistas y personajes de muchas de las novelas y películas dedicadas a esta época. Eduardo Mendoza recupera así un pasado reciente que en su caso se refleja, como en un espejo, en la viajera –por no decir aventurera– vida del protagonista de su novela. Dedicada, así, esta parte de la novela, por lo menos la centrada en narrar la vida del protagonista en Nueva York, a reconstruir en cierta manera unos años que la vinculan bastante fielmente a la biografía del propio novelista. Así, la noticia de la muerte de Franco, el discurso de Arias, el restablecimiento de la monarquía por un príncipe destronado –demasiados parecidos con el intento de recuperar su antiguo trono por parte del inventado príncipe Tukuulo–, la incorporación a la narración de personajes políticos de aquellos años, como Santiago Carrillo, su huida de Nueva York y regreso a la Barcelona de los años setenta, convierten esta parte del histórico relato en un fresco muy bien integrado en la ficción novelesca. A lo que sin duda contribuye el hecho de que estos episodios se narran desde la distancia, con lo que ganan en objetividad, sin desmerecer por esto al resto de los episodios más ficticios o imaginativos de la novela. La realidad no es como la vivimos,

que también, sino como la hemos imaginado. En el caso de nuestro novelista, con la pantalla de la distancia entre España y Norteamérica. De hecho ninguna de las novelas de Mendoza, sin ser realistas, amputa o edulcora la realidad histórica sino que todas, aun apoyándose en hechos verdaderos, están vertebradas por la imaginación novelesca.

La novela de aventuras, que representa, al menos, las dos terceras partes de esta segunda entrega, contiene algunas perlas de dudosa calificación, pero que Mendoza ya había ensayado anteriormente en otras novelas anteriores. Me refiero al episodio de la abadesa del Real Monasterio de Santa Clara y de su sobrina Araceli, que por sí mismo merecería un relato exento, entresacado de aquel inolvidable título, *Tres vidas de santos*, o el dedicado a la monja de *El año del diluvio*. Por no referirnos al episodio de la visita al hermano Agus, en Stuttgart, sorprendentemente encumbrado como autor dramático de los teatros alemanes y exitoso representante del género del absurdo. Sin duda la vis cómica y paródica de Mendoza, una de sus más sobresalientes señas de identidad, nos ofrece un contrapunto inesperado a la aburguesada vida de la familia del autor en la Barcelona de la Transición. El personaje femenino de Carol añade un guiño más hacia el lector dedicado a pasar revista a este catálogo de representantes de una burguesía acomodada y ociosa que ha continuado su vida sin la menor preocupación o cambio después de la muerte del dictador.

Todos estos episodios o retazos que componen la anécdota narrativa nos los entrega Mendoza, como suele, sostenidos en la leve armazón de la ironía, la parodia y el humor. Pues ninguno de estos episodios o personajes serían verosímiles si no estuvieran potenciados por la capacidad irónica y paródica a la que nos ha acostumbrado el autor. Se pone de manifiesto, una vez más, en esta novela la paradoja, por otra parte tan cervantina, de la lucidez en la parodia narrativa, pues nada de esta fantástica aventura del príncipe Tukuulo sería verosímil si no hiciera “reír al melancólico y no enfadarse al simple”. Una vez más, Mendoza ha sabido distanciarse intencionadamente de la gravedad en el tratamiento histórico de unos años, los de la Transición, sin ninguna rémora de gravedad en el juicio ni un ápice de anacrónico protagonismo. La trascendencia es tan peligrosa como la ignorancia consentida. La salida a muchos de los prejuicios o falsos remordimientos de conciencia puede liberarse por medio del humor o del absurdo. Una cita de Rufo Batalla en la novela advierte del peligro tanto de la estulticia como de los que se creen superiores intelectualmente:

Cuando yo era niño, en Barcelona, había un tonto en mi barrio. Nadie entendía lo que hacía ni lo que decía y esto le hacía creer a él que los tontos eran los demás. La mitad de la inteligencia es entender, la otra mitad, hacerse entender. (E. Mendoza, 2019: 155)